

# CÉSAR Y PEPE

SEMANARIO FESTIVO

DIRECTOR ARTURO GIMÉNEZ

LA PAREJA DE «LA PAREJA»



CÉSAR Y PEPE (á duo)  
CON MÚSICA DE «EL JURAMENTO»

—«Aquí están dos mozos crudos más valientes que Roldan,» el terror de las parejas que buscando asilo van. A estos no hay enamorados que se acerquen sin temblar.

AÑO II  
 N.º 51  
 Febrero 17 de 1895  
 PRECIOS de SUSCRICION  
 Montevideo y Departamentos

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	> 5.00
Un año	> 9.00

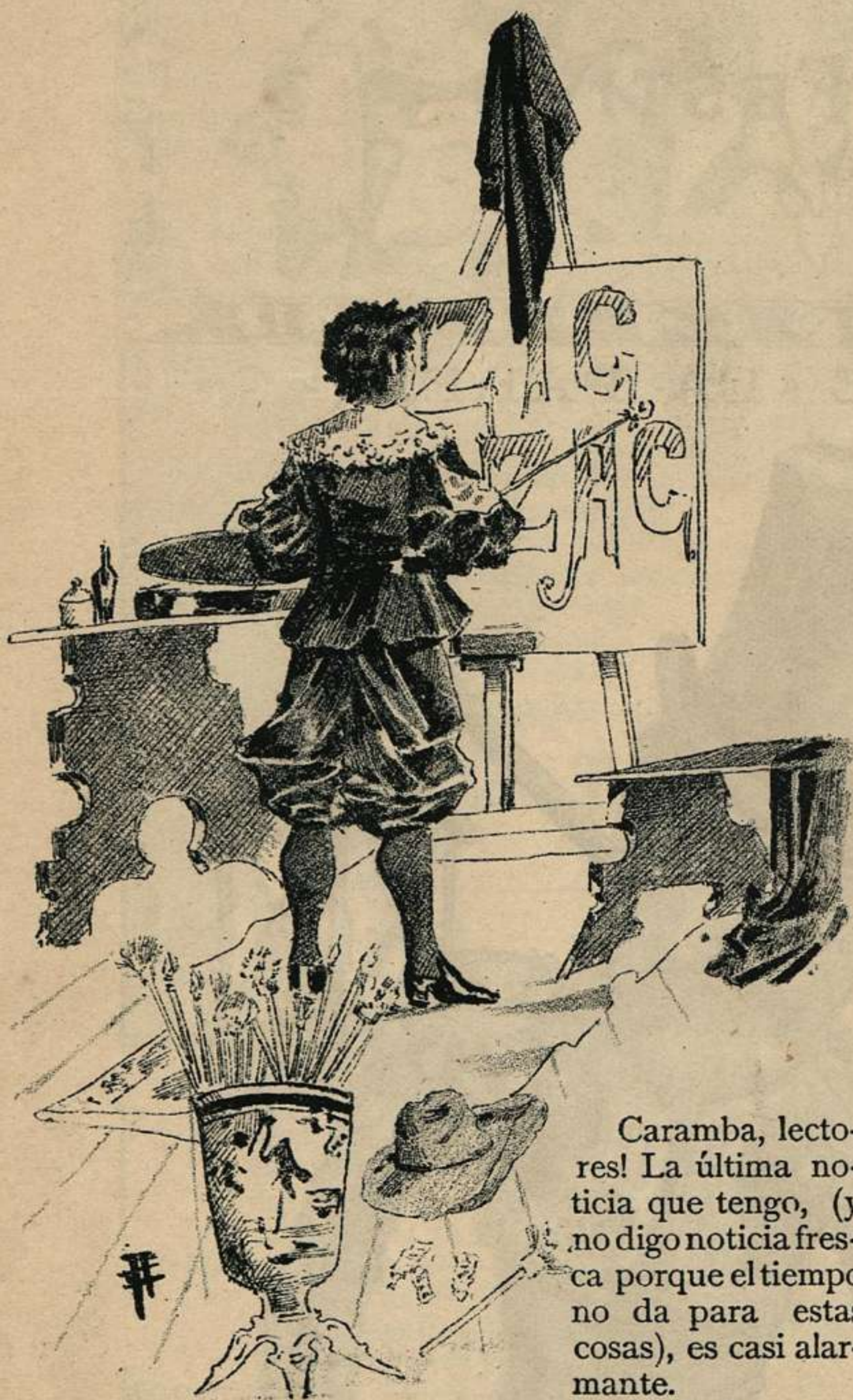
EXTERIOR  
 Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo  
 Número corriente 30 centésimos | Número atrasado 40 centésimos  
 De venta en las principales librerías  
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS  
 Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301  
 MONTEVIDEO

Lit. Tip. La Sud-Americana, calle Treinta y Tres, 91.

MCD 2018

## SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«La auro-  
ra», por Nemo.—«Para ellas» (Rayo de luz), por  
Alina Doré.—«El Adrezo», por Millon y medio.—«El  
de todas las noches», por A. Pérez Nieva.—«Recurso  
olvidado», por L. R.—«Entre dos fuerzas» (novela)  
por Arturo A. Giménez.—Menudencias.—Correspon-  
dencia particular.—Avisos.  
GRABADOS—«El asunto del día».—La pareja de la «pa-  
reja», por Wimplaine.—«Para ellas» (Retrato de  
niña), por Aurelio Giménez.—«El juramento» (En el  
circo), por Wimplaine.—«La gracia ajena».—«La  
caída de la tarde», por Tur.—Nuestros prohombres  
de incógnito», por Wimplaine y varios intercalados  
en el texto por Aurelio Giménez.



Caramba, lecto-  
res! La última no-  
ticia que tengo, (y  
no digo noticia fres-  
ca porque el tiempo  
no da para estas  
cosas), es casi alar-  
mante.

Nos hallamos en  
la última estremi-  
dad.

Bien entendido que esto se refiere á aquellos  
á quienes la carga de caballería de la vez pasa-  
da dejó con algunas estremidades por gracia es-  
pecial.

Si, lectores; en la última.

La miseria se cierne ya sobre nosotros,

O más bien dicho, no se cierne, se nos des-  
carga sin cernir; que no está la época para tales  
delicadezas.

Aunque, á la verdad, en esto de los modos de  
recibir la miseria se nota gran variedad.

Hay quien la recibe como un puntapié en el  
vientre; de pronto, por intermedio de cuatro mel-  
lizados en un año y un cólico miserere con su-  
plementos (al que un cólico miserere no deja en  
miserable estado, no lo mata un aborto.)

A otros les cae por entregas.

Les nace primero un hijo antropófago si al  
caso viene ó cosa por el estilo, como á uno que  
yo conozco.

—Sí, mi amigo, decíame ayer. He tenido un  
vástago.

—Hombre, le felicito.

—No me felicite. Debe usted compadecerme.

—Bien; le compadezco á usted.

—Mil gracias...

—Pero se puede saber...

—Mi hijo es hambriento. Primeramente secó  
á su madre, y eso que mi mujer si en vez de  
nacer tal nace vaca, hace la fortuna de un tam-  
bero.

—Le hubiera usted puesto nodriza:

—¿Al tamboro?

—No, al chico.

—Le puse nodriza. La secó.

—¡Hombre! Carecería de leche.

—Tenía un tambo en cada seno.

—¿Y usted?...

—Yo no.

—No, hombre! Digo qué piensa usted hacer.

—¡Ah! Presentarlo á la Sociedad de Medi-  
cina.

—¿Para qué?

—Para que le examine, si no la seca tam-  
bién.

—¿Eh?!

—Sí, porque, para mí, es un fenómeno, y na-  
die me quita ¡seré desgraciado! que mi mujer  
no ha dado á luz un chico.

—Y entonces ¿qué?...

—Un trozo de papel secante!

Hay jente así, á la cual la miseria sorprende  
del modo más extraordinario.

Sin embargo, dirán ustedes; hasta ahora no  
se le había á usted ocurrido dedicar su atención  
á esa terrible invasion de la miseria.

Es verdad, digo yo. Pero es que esto se ha  
venido de repente. No había querido decir  
nada antes, por no alarmar á la Europa que á  
veces, ¡infame calumnia! da en la idea de decir  
que estamos fundidos como perros pobres y que  
Vidiella ¡infamísima calumnísima! no tiene más  
que vino en la cabeza y aire en sus vi... ¡digo!  
aire en la cabeza y vino en sus viñas.

Pero la verdad es que el Ateneo y su *kermes-  
se* nos han llevado á mala situación.

Después de la rifa vinieron las verbenas, y  
después de las verbenas las pantomimas y la  
cosa lleva trazas de no acabar más sino se le  
degüella á Blixen ó no concluye el suicidio con  
la población.

Porque es el caso que el Ateneo ya se lleva  
recojidos... no se cuantos miles de pesos, pero  
muchos, y, como es natural, pero muy natural,  
le ha tomado gusto á la cosa y la cosa sigue que  
es un gusto.

Y la población contribuyente, donante y pa-  
gante, ya no es población sino un limon expri-  
mido que por lo visto no podría ya dar más  
jugo si no existiese esa benemérita institución de  
las casas de empeño que tan bien ayuda los  
empeños de las casas en estas fiestas de casas  
empeñadas.

Pero, en fin; siempre, como compensación,  
tendrán los contribuyentes, más adelante, cuan-  
do el hambre les acose, el recurso de consolarse  
pensando que tienen derecho bien ganado, á la-  
mer un ladrillo ó chupar una moldura del edi-  
ficio ateneico, en reemplazo de lo que con lo  
donado para su construcción hubieron de com-  
mer..

Y entonces nadie les impedirá figurarse los  
lienros de pared estucados, como grandes tro-  
zos de turrón, viendo en las columnas, con los  
ojos del hambre, majestuosos salchichones y en  
los pisos tabletas especiales dignas de acompa-  
ñar como postre al jigantescos budin de la cú-  
pula.

Mientras estos tiempos no llegan, la jente no  
sabe qué hacerse y hasta llega á envidiar á  
Abella, (que ya es envidiar) por aquello de los  
700 pesos.

Conozco un señor que, para mí, va á perder  
el seso por esto de no saber cómo entenderse  
para hacer funcionar su barriga en el acto de  
la digestión.

El pobre señor no encuentra trabajo y anda  
desesperado por dar á conocer su habilidad  
predilecta, la prestidigitación, á ver si le acarrea  
algun contrato.

El otro día me decía en un entierro:

—Hombre; ¿que le parece á usted si me  
echara yo ahora á hacer unas suertecitas de  
prestidigitación como última despedida al falle-  
cido? Viéndolas tanta jente quizá... ¿qué le pa-  
rece a usted?

—Que le romperían á usted el bautismo.

—Caramba. ¡Es que yo necesito hacerme  
conocer! ¡Lo necesito!

—Diga usted unas palabras...

—Hombre! ¡Tiene usted razón! Si yo leyera  
unas décimas que he compuesto conmemorando  
el juramento de Julio Herrera y las inundaciones  
de Mendoza...

—Pero ¡que ideas se le ocurren á usted!

—¡Ah! muchas; yo soy muy busca vidas.

—Es que aquí sería usted busca muertes,  
porque lo patearian.

—Es desgracia!... Todo me sale mal; y eso  
que para todo doy. Ultimamente echéme á  
cantar misa desde el coro. Mi mujer, que tiene  
voz de tenora me había dado algunas leccio-  
nes y...

—¿Y?

—Y apenas empecé á cantar, atragantósele  
al cura la hostia, se bebió el aceite de la lampar-  
rilla en vez del vino y colocó una vela sobre la  
cabeza del monaguillo. Aquello me confundió á  
mí también y repetí catorce veces seguidas el  
*dominum vosquibum*.

—¡Caramba! Se cansaría usted.

—No; se cansó el sacristan y me espulsó del  
templo.

—Sufrirá usted con tanto contratiempo.

—¡Oh!... Y es que tengo un chico que come  
como un canibal... ¡digo! que quiere comer como  
un canibal.

El otro día dió en decir que quería marchar-  
se al cielo.

—¡Hombre! ¡touriste!

—No se ría usted. Y dale con que quería  
marcharse al cielo y que quería marcharse.

Mi mujer empezó á gritar que aquello era un  
presentimiento del chico y que iba á morir y  
que... Yo por mi parte creí que el pequeño se  
había puesto demente, me arranqué seis puña-  
dos de pelo y me salió un grano. Finalmente  
le preguntamos, le exigimos un explicación.

—¿Por qué quieres irte al cielo?

Y con una oreja fruncida de puro gusto,  
acabó por confesar.

—Por comer de aquel queso grande.

Y señalaba la luna.

ARTURO A. GIMENEZ.

## LA AURORA

—Ay, sí vieras, Clarita  
(decía á su amiguita  
la gentil y romántica Amaranta)  
cómo ha sabido Eduardo  
encender en mi pecho amor inmenso,  
un amor que yo guardo  
cual guarda la custodia el arca santa,  
quizá de mí te rieras...

—Tal no pienso

por más que tu capricho, hija, me admira.

De veras, cuando mira,  
me parece un besugo entristecido  
y al sonreír muestra un colmillo horrible  
y seis muelas picadas y un nacido  
en el cogote, por su olor temible;  
y luego, es tan peludo,  
que, de fijo, desnudo  
á cualquier oso negro causa espanto.

—¡Ay, pero cuánto, cuánto  
su alma sensible, ideal, te enamorara  
si hablar le oyeras como yo le he oído.  
¡Oh alma tan dulce, como el cristal clara!  
con ella me ha vencido!

—¿Y qué decía?

—A Enrique, emocionado,  
le confiaba su afán de ideal, diciendo:

«¡Ay! Estoy de la Aurora enamorado  
y lo estoy como un loco, y voy pidiendo  
al aura su perfume que me embriaga  
y me enloquece y ha de aniquilarme!»

—He oído esto; dí; ¿qué quieres que haga  
sino amar como loca á ese hombre extraño  
único, que tan solo ama á la Aurora?

¡la Aurora! amante creada  
para robar una alma soñadora!

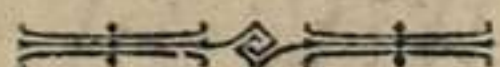
—¿Y tan solo por eso? y si engañada  
amases sin querer á un animal?

—¡Calla, calla! Tu prosa ahora sujeta  
No supongas de él mal,  
no supongas de él mal ¡Es un poeta!

—Y ayer supo Amaranta que la Aurora  
que Eduardo en su expansión, amar dijera  
(¡ay los hombres qué pillos son; qué pillos!)  
es la prima de cierta cocinera,

una buena señora  
que tiene treinta y cuatro lobanillos.

NEMO.



# PRIMERA

## RAYO DE LUZ

Desde aquel alto ventanal enrejado, que unía con un gran haz de luz la silenciosa oficina y el alegre colegio, donde nos encaramábamos los empleados aprovechando la ausencia del jefe, hartos ya de los testimonios de nacimiento y partidas de defunción, la veía todas las mañanas, á la hora del recreo.

Nosotros los empleados la llamábamos *la grande* por que ya ostentaba aquel gran cuerpo de soberana tan arrogante, y se nos iban los ojos cansados del papel sellado tras aquella cara tan fresca, y tan serena en que dos ojos negros, vivos y sonrientes y los rizos oscuros que caían sobre la frente abundosos y suaves formaban un conjunto de irresistible atracción.

Y aquel racimo de cuerpos que formábamos los empleados prendidos á las rejas del ventanal decía en masa al mirarla; todos los días lo mismo.

—¡Qué preciosa! ¡Qué linda! ¿Quién será?

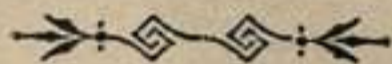
Y esto preguntamos, hasta que un día Felipe González Pérez, á quien desde que su tío Don Luis Eduardo subiera al ministerio llamábamos *el Ministro*, se encaramó también atraído por la fama de la belleza desconocida, y dijo al verla:

—¡Eh!... Es mi prima!

Y desde entonces sólo la llamamos *la prima del Ministro*.

Tanto, que cuando pregunté su nombre casi me extrañó que me dijeran.

—Elia Pérez.



Hoy lectoras hallaremos algo de moda.

En la proximidad del carnaval, nada más oportuno, amigas mías, que la descripción de un precioso traje de baile llegado en el último figurin, ya que el vestido de máscara parece haber entrado en decadencia.

Helo aquí:  
*Gran traje de baile.*—Este traje de fino crepon blanco, lleva las mangas de *fulard* rosa adornadas con cintas de gasa del mismo color. La falda de forma de campana, larga y lisa, con un tablon detrás, desde la cintura hasta el ruedo, el que le vará un dobla dillo estrecho de forma encanutada. Cinturon de *fulard* rosa con una gran escarapela detrás.

ALINA DORÉ



## EL ADEREZO

—Aquí traigo un aderezo  
—¿Se trata de empeñar algo?  
si es bueno...  
—Sí.  
—(Echale un galgo como sea así) Veamos eso.  
—El mejor que tenía en casa (No había otro...)  
—Me lo figuro  
—Pero me encuentro en apuro ya ve usted...  
—Si, eso pasa  
Veamos, veamos  
—Helo aquí

—¡Qué es esto! ¡Unas vinajeras!!  
—Pero, soberbias, de veras...  
—¿Vino usted á reirse de mi?  
—Pero hombre, fijese usted. qué vinagre transparente; y qué el aceite  
—Sorprendente!  
Y bien, con eso, á mi qué?  
—Que es de clase superior  
Mi *aderezo*  
—Si no es nada!  
—Hombre! para una ensalada lo quiere usted aún mejor?

MILLON Y MEDIO.

# EL JURAMENTO

## EN EL CIRCO

Caras y Caretas



He aquí (el dato es muy cierto)  
lo que estos tres á su entrada  
juraron al libro abierto  
con la conciencia cerrada:

*Julio* Yo juro que horas tranquilas  
el partido gozará  
y que siempre reinará  
la mansedumbre en sus filas.

*Sapo* Y yo dejar que consigan  
lo que se quiera de mí,  
decir á todo que sí  
y solo hacer lo que digan.

*Eugenio el hermoso*  
Y yo seguir siempre fiel  
á Julio que el mundo aclama,  
y hacer que diga la fama  
que somos uno y yo y él.

*Jimptaine*

## EL DE TODAS

LAS  
NOCHES

I

—¡Aún no se ha marchado! Hay luz en su habitación: estará concluyéndose de arreglar para irse al teatro. ¡Y considerar que dentro de dos horas la contemplarán á sus anchas todos esos imbéciles de frac y corbata blanca, incapaces de comprender, y que yo que la idolatro, que sé lo que vale, me tengo que contentar con verla un momento al subir y al bajar del coche! ¡Ella es buena, ella siente mucho!

¡Si supiera que yo me paso las noches aquí, en la sombra, al pie de su balcon, adorándola de lejos, adivinándola, se compadecería de mí! ¡Ah, yo sería feliz con bien poco!

Con poderla echar sobre los hombros el abrigo, recogiendo en cambio una sonrisa!

Han apagado la lámpara; se va sin duda. Corro á la acera á verla al resplandor del gas. ¡Qué hermosa y qué elegante! ¡Qué majestad en la figura y qué gallardía!

¡Ah, cochero implacable y cruel que te la llevas, refrena los caballos, sujeta el tronco, aguarda, no me la robes todavía! ¡Es mía ¿sabes? es mía!

¡Nadie me la ha dado, pero me pertenece, porque ninguno la entiende como yo, porque soy el único que aprecia en lo que vale su talento, su gentileza y su virtud! ¡Es mi hada! ¡Comprendes? ¡Déjamela tú, ogro!

II

—La noche es la eterna, la grande amiga de los enamorados. El misterio lleva aparejado el interes, y la noche es misteriosa é incitante. Todas las noches cuando baja á tomar el coche con su aya, clava sus ojos en mí, se siente mirada, desde la sombra. ¿Qué pensará de esta figura inmóvil, borrosa por la penumbra empotrada en el muro, que la espera siempre? ¿Adivinará un corazon puesto de rodillas? ¡Oh, sí!

Su penetración de mujer la ha revelado el enigma. ¡Por eso me contempla á hurtadillas un momento al pasar, y huye á refugiarse en su coche!

¿Qué por qué no vengo de día? ¡Por que no puedo! Usted, señorita, es opulenta, viste á la última moda, vive en su hotel propio, dispone de innúmeros criados, mientras yo soy un cualquiera, un estudiantillo de mala muerte, mal trajeado y raído, habitante en una casa de huéspedes de cuatro reales, sin nadie á quien mandar. A la luz del sol se reiría usted de mi audacia, me encontraría usted cursi y vulgar; hundido en las tinieblas, sin descorrer el velo, soñará usted conmigo, su fantasía me dotará de unas perfecciones de que carezco. Decididamente conviene que continuemos así: usted curiosa y

prendada de lo desconocido, y yo ignorado y entrevisto apenas ¡La ilusión encierra supremos goces de que carece la realidad!

III

—¡Esto no es vida! La incertidumbre me mata; yo necesito saber si me quiere ¡Es una insensatez, una locura! Entre ella y yo media un abismo, ella se encuentra en la cumbre, y yo no he comenzado aún á subir; acaso debiera contentarme con amarla en silencio, pero me faltan ya fuerzas para seguir callando. ¿Y por qué no he de hablar? Hoy no soy nada, pero el porvenir es mio, me elevaré hasta su trono; no poseo riquezas, pero conquistaré celebridad; la gloria no tiene por qué bajar la cabeza ante el oro; me dedicaré á la política, haré dramas, lucharé.

Pero eso mañana: por hoy declararme. ¡Ah, sí! ¡Declararse! ¿Y cómo? ¿Comprando á la servidumbre, al portero, á la doncella? De fijo tienen más dinero que yo; además me expongo á que vayan á la mamá con la historia. ¿Entonces? No me queda otro recurso: yo mismo la escribiré y accharé la oportunidad de entregarla la carta; con un poquito de osadía no hay obstáculo que no se salve. ¡Qué emoción la suya al verme surgir de la sombra, al oír á la esfinge de las tinieblas! ¡La estatua de la noche que se anima, habla! Ya no más preguntas

mudas, al bajar al coche, ó esa silueta negra que aguarda siempre, perdida en la obscuridad, á ese hombre inmóvil, que la devora con los ojos al entrar en la berlina.

IV

—¡De esta noche no pasa! Ella se ha apercebido del fundamento de mi espionaje, y espera mi declaración. Mi conducta singular y extraña ha encendido en su pecho la hoguera.

¡Romanticismos, sí, pero el corazon de la mujer no cesa nunca de volar! La enamora lo excepcional, lo extraordinario; la abnegación la rinde Se adivina idolatrada en la sombra y se deja llevar por la atracción hacia el sitio de donde parte. ¡Bien mio, yo seré tu esclavo, yo besaré las piedras que tu pises, yo te adoraré postrado ante el altar en que vives colocada por la suerte! ¡Ah, tú mi hada, no me cerrarás las puertas de la dicha!

¡Ahí baja! ¡Valor! ¡Aprovecharé el farol para enseñarle la carta! ¡Estoy temblando! No la ve... ¡Ya la ha descubierto! ¡Qué! ¡Se sorprende, vacila, por fin la toma! ¡He vencido! ¡Señorita!...

V

—¡Eh! ¿Qué hace? ¡Le da al aya la cartal ¿Qué significa eso? ¡Dios mio! ¡La miss saca un bolsillito! ¡Pero se ha vuelto loca? ¡Soy yo, el desconocido, el enamorado, y el que espera á usted siempre! ¡Cómo! ¿Por quién me toma? ¿Con quién me confunde? ¿Qué dice?

—Miss, recoja usted ese memorial y dé á ese joven un pso... ¡Parece una persona decente! ¡Es el pobre de todas las noches!

A. PEREZ NIEVA.

## RECURSO OLVIDADO

—¡Pero don Juan, qué calor!

—Mucho, amigo, mucho, mucho  
Y aunque con él loco lucho  
que no puedo, no señor!

—Ya ve usted, todo esta abierto.  
mi chaleco, la ventana  
la puerta... y nada se gana  
¡calor y calor!

—Es cierto

—¡Mi cuerpo es un oceano!

—¡Yo echo duchas por los poros!

—Si parecemos dos toros  
sudados...

—Eh!... Es el verano

Y no hallo ni con trabajo  
modo de lograr bajar  
el termómetro...

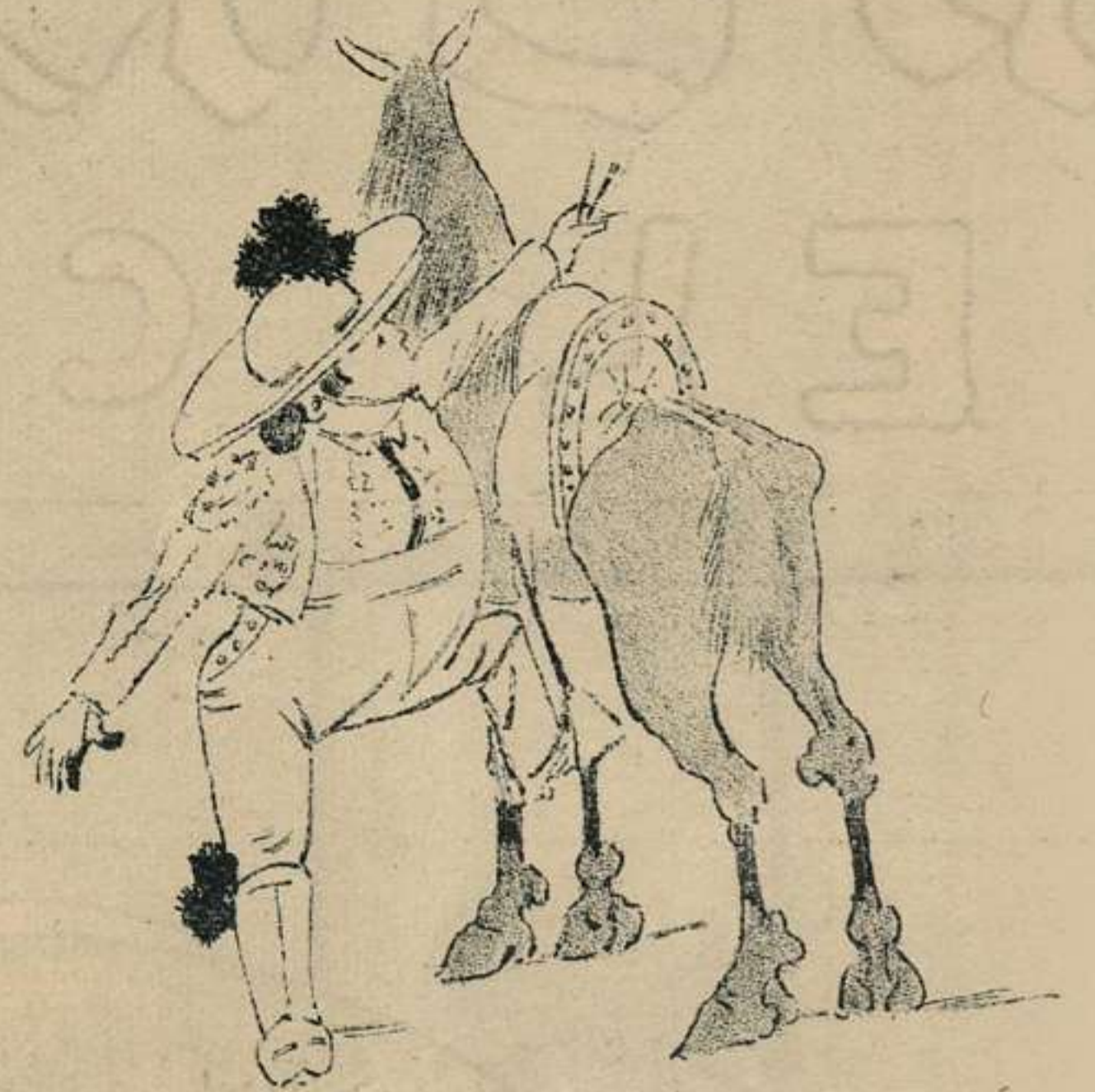
—¡Embromar!

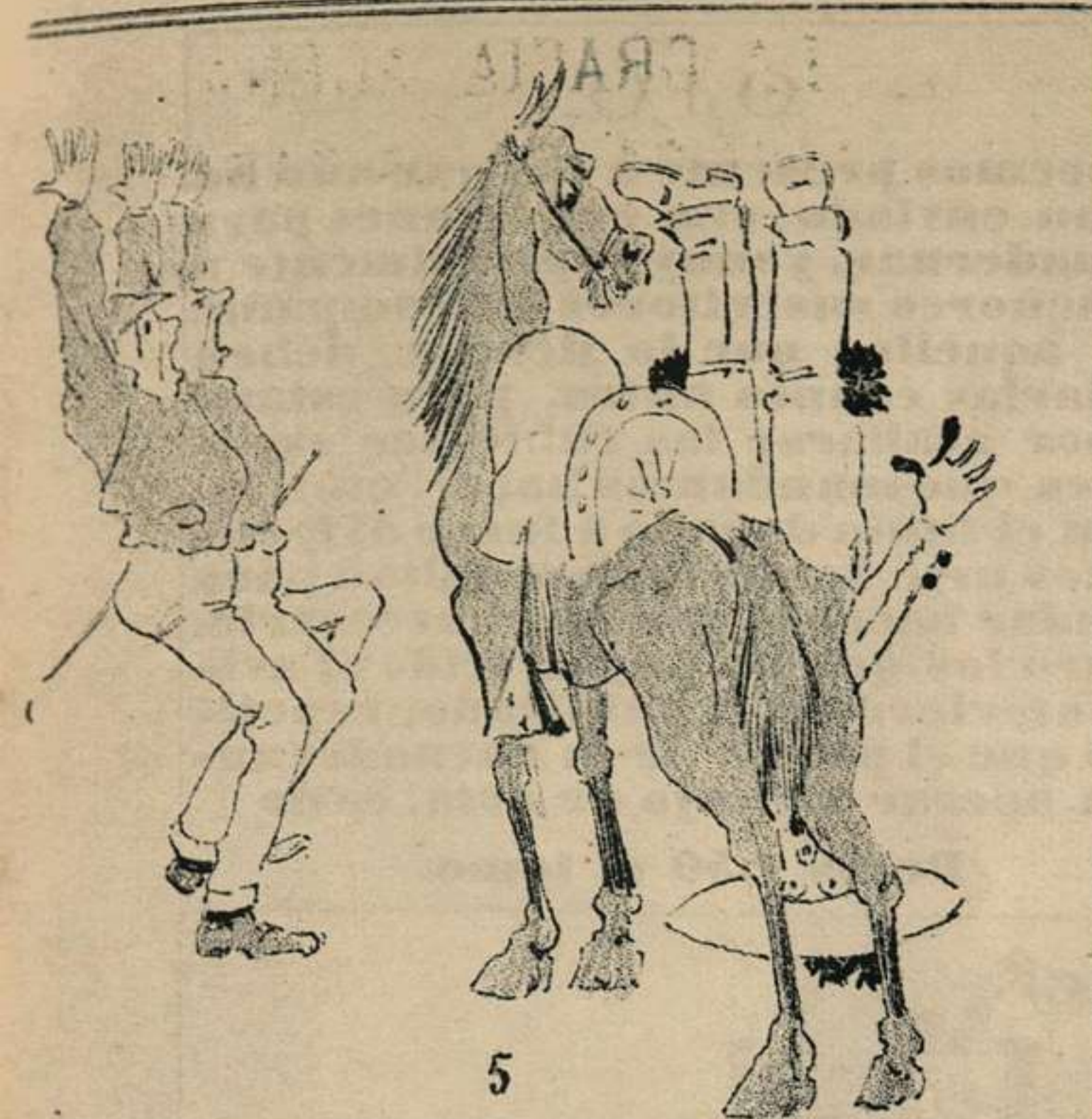
Pues cuélguelo más abajo!

L. R.

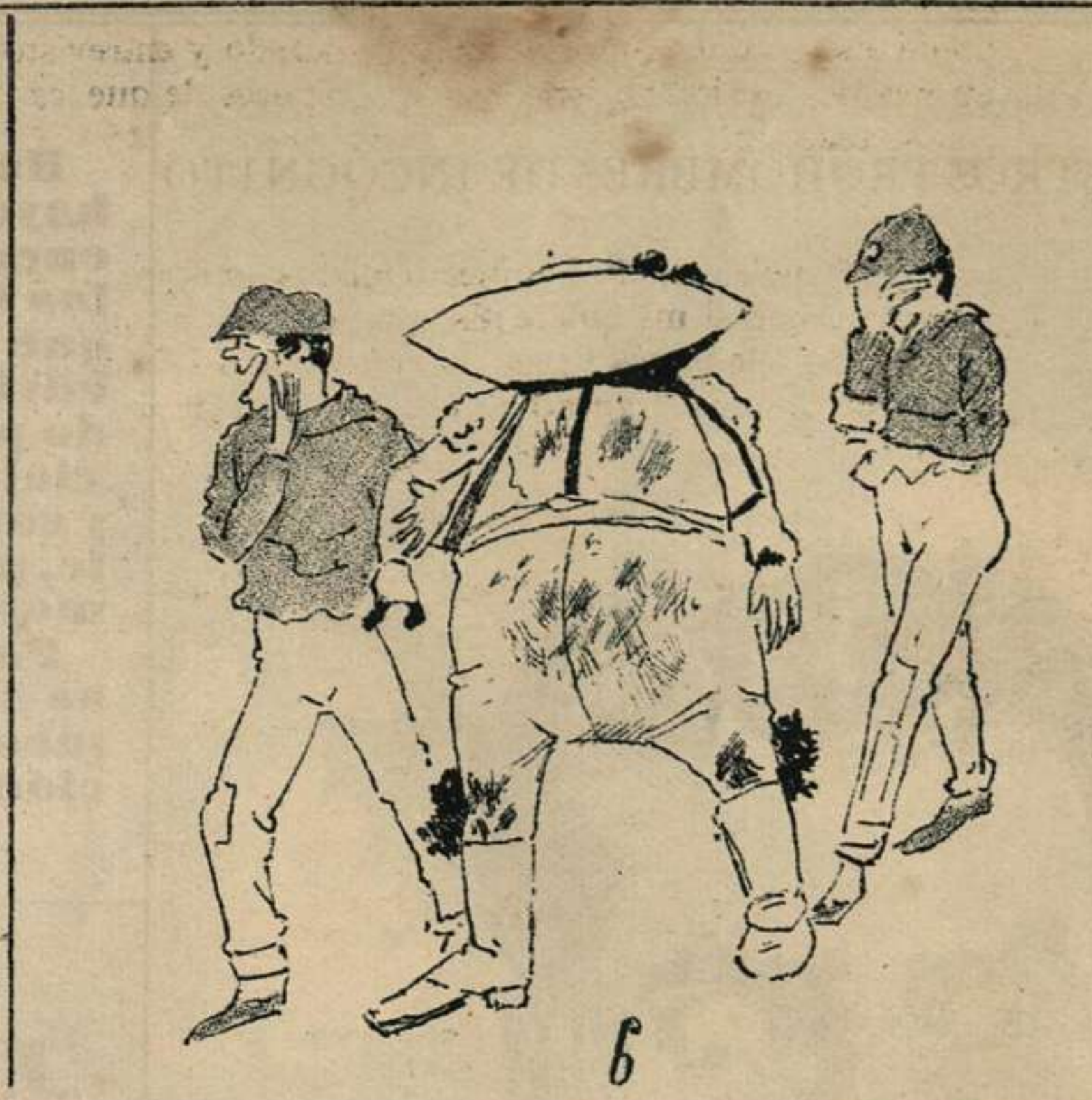
LA GRACIA AGENA  
LA CAÍDA DE LA TARDE

POR TUK.



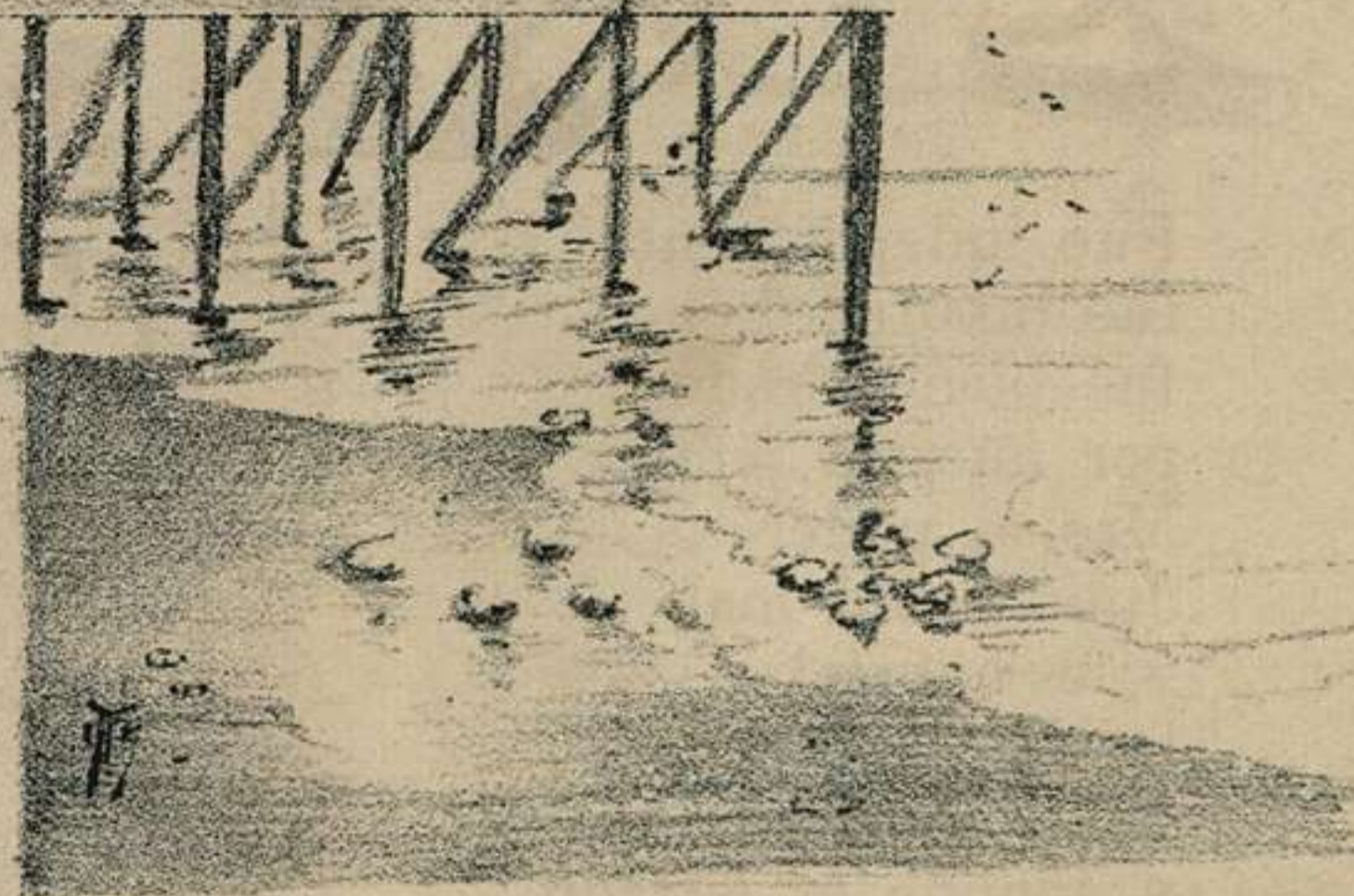
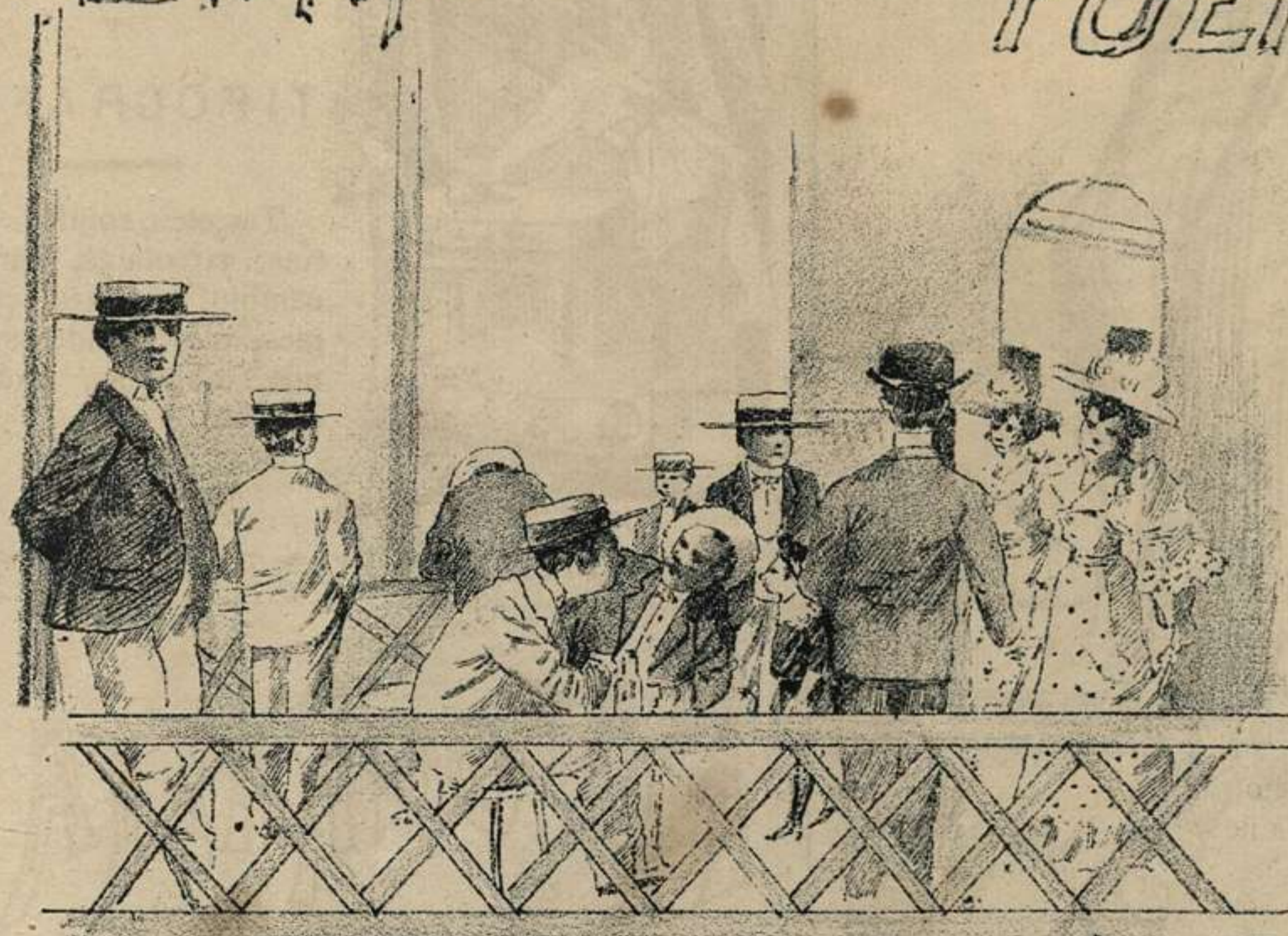


5



6

# ENTRE DOS FUERZAS



## NOVELA

POR

ARTURO A. GIMENEZ

I

(Continuación)

Él encuentra todo agradable: aquel vientecillo fresco que orea su frente; aquel cielo tan puro que parece participar o contribuir a su alegría; los detalles del camino, las jentes en las puertas de las pobres casuchas que le parece conocer de tiempo atrás... todo le causa placer; y levanta la cabeza con los ojos entornados, encontrándose como bañado por el perfume que se exhala del cuerpo de Delia, ese perfume característico de la mujer elegante que se aspira con fruición haciendo esfuerzos para percibirlo más distintamente, sintiendo que no sea más penetrante; y que a él le embriaga invadiéndole con un entorpecimiento delicioso.— Cree oír lejano el bullicio del trenvía que sigue traqueteando y dejando en el ambiente, como estela sonora, el eco de aquellas voces frescas que parecen aletear al rededor del coche.

Finalmente entra éste en la curva de la vía; los cuerpos se inclinan al mismo tiempo hácia un lado y después de una pequeña trepidación vuelven a la primera postura; helo ya en la pendiente por la que se extienden rectos y lucientes los rails.

Los caballos apuran el paso descendiendo a buen trote en aquel terreno inclinado; todas las cabezas se bajan y las manos acuden al sombrero para evitar que lo lleve el vientecillo fresco impregnado de emanaciones salinas que envía el mar como un saludo a los pasajeros.

A la derecha del camino la costa se recorta en muchas pequeñas enseñadas en que se bañan algunos muchachos saltando y arrojándose agua al rostro; más allá las casillas avanzan en el mar su masa color amarillenta, sostenida por vigas negras.

Un ruido sordo como trueno cercano, el golpear de los cascos de los caballos sobre la madera, denota la llegada del trenvía al pequeño puente; poco después se detiene un momento ante la escalera del departamento de los hombres; casi nadie baja en él a aquella hora; todos van al otro departamento que deja oír ya un murmullo confuso y en el que se divisan muchas siluetas blancas; el coche vuelve a ponerse en movimiento dejando atrás la solitaria plataforma en que las mesitas tendidas esperan los comensales, vijiladas por el mozo que, reclinado en la puerta del restaurant, con el delantal recogido y la servilleta bajo el brazo el mira alejarse con perezosa mirada.

El murmullo se escucha cada vez más claro conforme va el coche acercándose; algunas voces vibrantes sobresalen aunque amortiguadas por aquel zumbido continuo.

Del trenvía, que acaba de detenerse, saltan en precipitada confusión, ligeras, alegres, todas aquellas personitas bulliciosas, semejando una bandada de pájaros a los que se abre la jaula.

Deliciosa animación reina en la plataforma; el murmullo que producen mil boquitas de rojos labios charlando a un tiempo, semeja el que produce la voz queda de una confianza amistosa; impera esa franca intimidad que solo allí se muestra; se habla y se ríe sin recelo, en confianza, gozando del derecho que el sitio acuerda para cierto olvido relativo de la tiesura que imponen las enfadosas fórmulas sociales. Bien es verdad que esa aparente despreocupación no pasa de ser una imposición del buen tono, que quiere que se finja en las playas de distinta manera que en los salones. Con todo, forman encantador concierto aque-

llas vocécitas agudas que parecen tener vibraciones de cristal y estremecimientos de ala; aquellas risas francas y sonoras como gorjeos, mostrando al emitirse la débil palpación de un cuello delicado descubierto en actitud de rendido abandono.

Todas aquellas figuras vestidas con trajes claros en su mayoría, desparramadas en pintoresco desorden sobre la plataforma y sobre la arena, que matizan de puntos blancos, reunidas en pequeños grupos movibles como las olas que lamen la playa, comunican singular brillantez al cuadro haciéndole variar continuamente, como varía el cielo de aspecto a cada nueva posición que ocupan en él las nubes impulsadas por el viento.

Los grupos cambian de lugar, se aumentan con nuevas figuras formando una gran mancha blanca, movible, alterándose continuamente su forma, como esas masas de espuma que el mar mece arrastrándolas caprichosamente de aquí allá sin deshacerlas; luego se desbandan los grupos, se diseminan las figuras, se apartan, permitiendo admirar un momento los detalles: una postura graciosa, un cuerpo esbelto, apoyado en la sombrilla; pero, a poco, vuelven a reunirse algo más allá, desparramándose nuevamente como dados arrojados al azar.

En la plataforma, una multitud de rostros juveniles apreciando bajo sombreritos lijeros y graciosos; adorables rostros de cutis fresco, húmedo aún, en que parece correr todavía el estremecimiento de placer producido por la fresca onda al cubrirle de mil perlas brillantes delizándose sobre la sonrosada piel como gotas de rocío resbalando sobre pétalos de rosa; ricillos también húmedos acariciando nuca muy suaves y muy blancas... mil detalles sin importancia produciendo en conjunto una agradable sensación de frescura y alegría.

Mario deja vagar su mirada sobre esos mil detalles de aquel cuadro de la plataforma animado y bullicioso tras del cual Punta Carretas se interna atrevidamente en el mar mostrando su seno abierto en aquellas profundas canteiras de piedra enrojecida por los óxidos de hierro, de estructura basáltica cual si la hubiese esfoliado la percusión de un gran martillo: el resto cubierto de verde; aquí y allá grupos de árboles oscuros, más numerosos cuanto más alejados de la orilla hasta reunirse en el paraje conocido por *Los Sauces*.

A la izquierda, frente a la plataforma, los carritos-casillas, pintadas de azul y blanco en bandas alternadas, colocados en fila; más lejos se eleva el terreno desigualmente con planicies y fosos de arcilla, recubriéndose de césped en varios puntos que determinan manchas verdes; aquí una casita aislada, allí otra; más allá dos o tres; luego la torre de la Iglesia de los Capuchinos; alrededor de ella y del Asilo, las casas agrupadas en mayor número; detras, muchas ya alineadas en orden, dejan adivinar la ciudad, la alegre Montevideo, estendiéndose hácia el noroeste.

(Continuará.)



—Aquí impaciente me tienes  
¡Oh qué dichoso momento!  
vamos a ver, ¿es que vienes  
ya con el consentimiento?  
¿Vas a quedar junto a mí?  
Vienes con él? ¡Hombre! Acaba!  
—Ay, con sentimiento, sí,  
pues dijo... que no lo daba.

El gacettillero de *El Bien* dice que los cuadros de Correa espuestos en lo de Druillet son malos. Felicitamos á Correa.

En la Colonia ha ocurrido un caso sospechoso.  
Y se dice que van á aislar el departamento, si llega el caso, y á neutralizar las aguas.  
Me figuro que será con ácido fénico ó cosa así.  
¡Qué cosas hace el cólera!  
¡Fenicar el agua de Colonia!  
De fijo se arruinan los perfumistas

\*\*

Se va á pagar con bonos el presupuesto correspondiente al mes de Octubre próximo pasado (y tan pasado!)  
¡Ay, ay, ay! Pobres empleados.  
Si tocan las campanas por los que andan de hambre muertos no se podría vivir con tanto repiqueteo.

\*\*

El Profesor Don Antonio P. Carlosena, catedrático de la facultad de Medicina, nos ha obsequiado con un ejemplar de su obra "Procedencias botánicas y aplicaciones vulgares de algunas plantas indígenas de la República", recientemente publicada.

Es de grandísima utilidad y con ella presta un señalado servicio á la ciencia nacional, el distinguido profesor, cuya competencia en las ciencias naturales es de todos reconocida.

Mil gracias.

\*\*

Todo el que se casa en el verano, cuando llega el invierno ya está casado.

### Correspondencia Particular

Federico.—Montevideo.

He leído su «Caso rico» y á contestarle voy pronto; usted dará fe de rico y yo fé de que usted es tonto.

Ese.—Idem.

Aunque el decirlo me pese no lo puedo remediar. Comunico á usted, pues que ese... no lo puedo publicar.

Firulete.—Idem.—Aquello de gastar portera y otras cositas me hacen dudar de la originalidad... pero en fin; allá se entienda su conciencia con ello. Un poquito más animado, irá cuanto antes.

¡Ah! Y tiene usted una letra atroz ¿eh?

A. Camilo.—Minas.

¿Yo? en mis días, Don Camilo! ¿No ve que si á publicar llego su obra, va á matar más personas que el bacilo?

M. R. O.—Florida.—¡Hombre! Todo se le vuelve á usted decir y repetir que vive en la Florida, y que vivir en la Florida es tal y cual, y que el que vive en la Florida...

¡Pues yo le digo que no es digno usted de vivir en la Florida, ni en ninguna parte!

J. L.—Melo.—Es enormemente largo. Y mire usted que eso de hacer gracia es difícil, á veces.

El feo.—San José.

Será usted feo, lo creo pero le aseguro que lo que ha escrito es ya tan feo que lo es mucho más que usted.

### NUESTROS PROHOMBRES DE INCÓGNITO



Fué independiente fué diputado, fué bien mirado por nuestra jente. Mas al poder Julio entró mal, y, es natural, lo echó á perder. Y así ha seguido, y aunque es letrado, Derecho á un lado, marcha torcido.

¿Una más?  
MANUFACTURA DE TABACOS  
HABANO XXX  
GARANTIDO

### OJO

Hacemos presente á los que aún no hayan enviado sus colecciones para encuadernar, y muy especialmente á los señores suscritores de campaña, que aquellos que lo descen, deben enviarlas cuanto antes, pues estando por acabarse las cubiertas especiales que mandamos hacer, en tela, y con el título dorado á fuego al frente, nos urge saber las que faltan para mandar hacer la cantidad necesaria. Para los que no hayan leído el aviso anteriormente publicado, repetimos que el precio de la encuadernación, apesar del lujo de ésta, es de Pesos 1.50 el tomo.



LITOGRAFÍA  
Y  
TIPOGRAFÍA

Tarjetas, rútuos acciones, circulares, letras de cambio, cheques, conformes, memorandums, planos, diplomas, músicas, etc., etc.

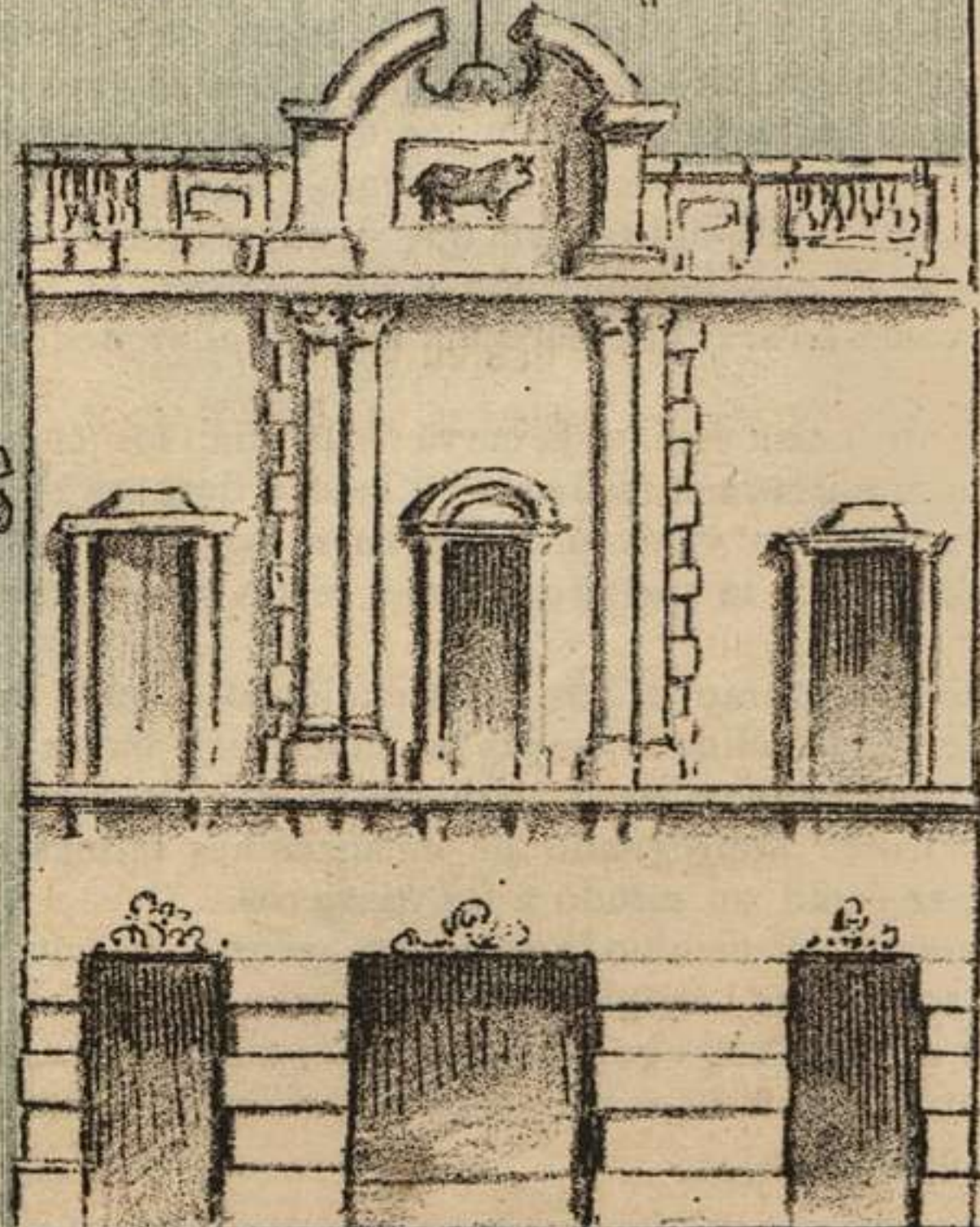
Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

FOTOGRAFIA  
DE INGLESA  
FITZPATRICK

Hace esta fotografia Retratos tan excelentes Que á ella acuden á porfía Las más distinguidas gentes.



EL TORO  
SON LOS MEJORES XXX



F. CALLIGARIS  
ESTUDIO FOTOGRAFICO  
BRICUI 228

Fotografia de moda por la high life preferida donde se retrata toda la gente más distinguida.



AL POLO  
BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ  
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



CIGARRILLOS  
Habano

XXX

Casa Fundada en

1874

288 URUGUAY 292